

NOTAS.

(1) GUARDIAS PRETORIANAS. Se dió primero este nombre á la cohorte de preferencia encargada de un general en gefe romano (pretor, cónsul, ó dictador); se aplicó despues á las cohortes que formaban la guardia del Emperador. Su cuartel estaba inmediato á Roma entre las puertas Viminal y Esquilina. El número de las cohortes, era de nueve á diez. Vetelio las aumentó hasta diez y seis, y Septimio Severo mucho mas. Constantino las estinguió é hizo destruir su campo que estaba muy fortificado.

(2) HERMOSO TEMPLO. En el mes segundo del año cuarto del reinado de Salomon, cuando se cumplian 480 de la salida de Egipto del pueblo israelítico, comenzó el hijo de David la portentosa obra del templo de Jerusalem, edificado sobre el monte *Moria*. La concluyó en el mes octavo del año undécimo; y así quedó perfecta la obra en el espacio de siete años, aunque en rigor fueron siete años y medio. Acabado que fué se trasladó allí el ARCA, con las ceremonias y magnificencia que se describe en el libro III de los Reyes, cap. 8.º Fué destruido por los Caldeos á los 441 años; y Jeremias, por orden de Dios, habia de antemano escondido el ARCA con el TABERNACULO y el ALTAR DEL TIMIAMA en el monte Nebo (II Machabeos, II. 5). Cumplidos los setenta años del cautiverio de los Hebreos (segun la profecía de Jeremias, lib. II de los Paralipómenos, cap. XXXVI, v. 21), regresaron estos de Babilonia á Jerusalem, y en el mes segundo de su vuelta y en el año segundo, empezó Zorobabel el segundo templo en el sitio mismo en que habia sido edificado el de Salomon; duró la construccion cuarenta y seis años (I de Esdras, III, 8), como lo dijeron los Judíos á Jesucristo al decirles el Salvador [hablando de su resurreccion], que lo destruyeran, y en tres dias lo reedificaria (S. Juan, II, 20). A los 354 años fué violado el Templo por el malvado Antioco Epíphanes y convertido en lugar de ahominacion; [I Macab., cap. I, v. 23, y II, id. cap. X, en el año del mundo 3840; antes de Jesucristo, 164], y al cabo de dos años lo quitó y purificó Judas Macabeo, fortificando el monte de Sion para evitar otra catástrofe (I Mac. IV, 60). Por último, á los 586 años de la fundacion del templo, este fué destruido por Tito. Se cree muy juiciosamente que Tito llevó consigo á Roma el ARCA, las dos TABLAS DE LA LEY, la VARA DE MOISES y LA DE AARON, algunos PANES DE PROPOSICION, y el CANDELERO DE SIETE BRAZOS DE ORO. Tito entró triunfante en Roma pre-

cedido de setecientos cautivos, de jóvenes distinguidos de Jerusalem, medio desnudos, y con las manos atadas atrás. En memoria de tan notable victoria, los Romanos levantaron á Tito en la *Via-Sacra*, cerca del templo de la Paz, un magnífico arco triunfal, en cuya superficie de una parte grabaron la efigie de Tito, sentado en un carro tirado por dos caballos y dos unicornios; y en la otra el ARCA DE LA ALIANZA, EL CANDELERO Y LOS VASOS DEL TEMPLO. Siendo esto así, providencia fué admirable, que lo mas sagrado y precioso del antiguo sacerdocio, fuese sepultado en Roma donde habia de establecer su cátedra el gran sacerdote de la nueva ley.

(3) BALTHASAR, Labyneto, ó Nabonid, fué el último rey de Babilonia, nieto y sucesor de Nabucodonosor. Cuando Cyro tomó á Babilonia, quitó el cetro á Nitocris, y lo puso en manos de su hijo Balthasar. Este príncipe afeminado por educacion y por carácter, nada emprendió digno de mención, y solo es notable por un suceso que puso fin á su reinado. Los cautivos Israelitas, habian continuado tranquilos en la Caldea, á pesar de las convulsiones de un imperio agonizante. Balthasar cansado de los placeres comunes, quiso refinarlos gozando de otros mas vivos y ruidosos. Hizo, al efecto, preparar banquete espléndido, en medio del cual, cuando ya su cabeza se hallaba embargada por el vino, hizo llevar á su mesa los vasos de oro y de plata que su abuelo Nabucodonosor, habia arrebatado del Templo de Jerusalem, para que bebieran en ellos los convidados y sus concubinas. Echose vino en abundancia en los vasos sagrados, y á porfía brindaban todos, alabando á los dioses fingidos, cuando aparecieron de repente unos dedos como de mano de hombre, que escribian en la pared de la sala del convite, en frente del sitio que ocupaba el Rey. Balthasar fijó su vista en la pared, observó que aquellos dedos escribian, y sobrecogido de terror, mandó llamar magos y adivinos que interpretaran cuanto veia, ofreciéndoles que “aquel que leyera la escritura y declarara lo que significaba, seria vestido de púrpura, llevaria collar de oro, y seria el tercero de su reino.” Los agoreros no pudieron leer la escritura, ni menos declarar su significado. Nitocris recomendó á Daniel: “llamadle, dijo, y él os dirá lo que significa esa escritura misteriosa.” Daniel llegó y supo los inútiles esfuerzos de los adivinos, atendió á las palabras de Balthasar, y este le dijo: “Si tú adivinas, serás vestido de púrpura, llevarás collar de oro y serás despues de mi madre y yo, el primer señor de mi reino.” Daniel conoció los designios de Dios, y aunque estaba persuadido de su difícil mision, no se arredró porque hacia 80 años que habia aprendido á no temblar delante de las potestades de la tierra. “Yo doy, sin interés, lo que recibo sin trabajo, y pues que me lo mandais, yo leeré la escritura que está en la pared, y os explicaré su significado,” continuó, haciendo una larga esplicacion á Balthasar, de la que bueno será leer algunas sentencias: “El Rey Nabucodonosor, habia recibido de Dios la gloria, el poder, el honor y la magnificencia... mas cuando su corazon se hinchó por la vanidad, y su espíritu se enalteció con un culpable orgullo, fué derribado de su trono, despojado de su gloria, arrojado de entre los hijos de los hombres, relegado entre las bestias con quienes tuvo alimento, hasta que

“reconoció que el Dios de los cielos, tiene un poder absoluto sobre los reinos de la tierra, y que los distribuye á quien le place. Vos, Balthasar, sucesor de este príncipe, no ignorabais su historia, y habeis tenido estos ejemplos delante de los ojos. Sin embargo, aunque instruido de los peligros del orgullo, os habeis dejado seducir, y os habeis levantado contra el soberano dominador del cielo. Habeis tenido la temeridad de hacer traer á vuestra mesa los vasos de su Santo Templo; y vos, y vuestras concubinas, vuestros cortesanos y mujeres, los habeis profanado á porfia, bebiendo en ellos el vino de vuestros placeres y desórdenes. Habeis exaltado los dioses de oro, de plata, de bronce, de hierro, de madera y de piedra, y no os habeis dignado dar gloria al solo Dios verdadero, de quien teneis la vida, y que puede disponer de todos vuestros momentos. Pues este Dios justamente indignado, es el que ha hecho aparecer la mano que habeis visto, y que ha formado esa inscripcion. Ved aquí, ¡oh príncipe! lo que contiene; son tres breves palabras nada mas: MANE, THECEL, PHARES. Ved ahora su interpretacion, y el misterio que encierran. El Señor ha contado los dias de vuestro reino, y ha señalado el término. Este es el sentido de la palabra MANE. Vos habeis sido puesto en la balanza, se os ha hallado demasiado ligero, y habeis sido reprobado. Este es el sentido de la palabra THECEL. Vuestro reino ha sido dividido y se ha repartido entre los Medos y los Persas. Esta es la esplicacion de la última palabra PHARES.” Tales interpretaciones debieron, sin duda aterrorizar á Balthasar, á aquel príncipe débil al que la vista de aquellos dedos habia llevado casi á la orilla del sepulcro. El rey quiso dar á Daniel el premio ofrecido; y cediendo á las continuas instancias del rey lo aceptó el profeta. Las terribles sentencias escritas en aquellas palabras interpretadas por Daniel, debian cumplirse muy en breve. En aquella misma noche, poco despues de haber escuchado la esplicacion de Daniel, fué destronado y muerto el rey Balthasar, y en su sepultura fué tambien colocada, la antigua y poderosa monarquía de los Asirios. Monarquía que Jeremias habia predicho no duraria, despues de la cautividad de los Judíos, mas que tres generaciones, comprendidas en Nabucodonosor, Evilmerodach y Balthasar. Se cree que este último Rey pereció en el asalto dado por Cyro para tomar á Babilonia, en cuya dominacion se verificó el tercer anuncio de la palabra Phares. En efecto, Darío Rey de los Medos, entró en posesion del nuevo reino que Cyro conquistó. (Libro de Daniel, cap. V.)

(4) Me parece oportuno, despues de haber citado las espresiones del libro de la revelacion, en que, bajo el nombre de Babilonia habla el apóstol S. Juan de Roma en los dias del paganismo, colocar aquí un párrafo del Sr. Bossuet sobre el referido trozo de la Apocalypsis de que tanto y tan infructuosamente han querido valerse los protestantes y los malos católicos para desprestigiar á Roma cristiana; dicho párrafo es como sigue: “Mais un événement qui paraît marqué dans l'Apocalypse avec une entière évidence, doit nous faire entendre, que cette divine prophétie est accomplie, dans une de ses parties principales. Cet événement si marqué c'est la chute de l'ancienne Rome, et le demembrement de son empire, sous Alaric; choses mar-

“ queés dans l'Apocalypse aussi clairement qu'il se puisse dans le chapitre 18<sup>o</sup>,  
“ et manifestement accomplies, lors qu'après le sac de Rome son empire fus  
“ mis en pièces et que, de maîtresse du monde, et de conquérante des nations,  
“ elle en devint le jouet et la proie, pour ainsi dire, du premier venu. C'est  
“ une tradition constante de tous les siècles, que la Babylone de Saint Jean,  
“ c'est l'ancienne Rome. Saint Jean lui donne deux caractères, qui ne per-  
“ mettent pas de la méconnaître. Car premièrement, c'est la *ville aux sept*  
“ *montagnes*; et secondement, c'est la *ville grande qui commande à tous les*  
“ *rois de la terre* (Apocalypse: cap. XVII, v. 9 et v. 18.) Si elle est aussi  
“ représentée sous la figure d'une prostituée on reconnaît le style ordinaire  
“ de l'écriture qui marque l'idolatrie par la prostitution. Si il est dit de cette  
“ ville superbe qu'elle est *la mère des impures et des abominations de la*  
“ *terre*, (cap. XVII, v. 5) le culte de ses beaux dieux, qu'elle tachait d'éta-  
“ blir, avec toute la puissance de son empire, en est la cause. La pourpre  
“ dont elle paraît revêtue, était la marque de ses empereurs et de ses ma-  
“ gistrats. *L'or et les pierreries*, dont elle est couverte, font voir ses riches-  
“ ses immenses. Le mot de *mystère* qu'elle porte écrit sur le front, ne nous  
“ marque rien au delà des mystères impies du paganisme, dont Rome s'était  
“ rendue la protectrice, et de la séduction qui vient à son secours, n'est au-  
“ tre chose que les prestiges qui servaient pour autoriser l'idolatrie. Les  
“ autres marques de la *bête*, et de la *prostituée* qu'elle porte, son visiblement  
“ de même nature, et Saint Jean nous montre très clairement les persecutions  
“ qu'elle a fait souffrir à l'Eglise, lorsqu'il dit qu'elle est *enivrée du sang des*  
“ *martyrs de Jesus*. Avec des traits si marqués, c'est une énigme aisée à  
“ déchiffrer, que Rome sous la figure de Babylone. Ces deux villes ont les  
“ mêmes caractères: et Tertullien les a expliqués en peu de mots, lorsqu'il a  
“ dit qu'elles étaient *toutes deux, grandes, superbes, dominantes, et persecutri-*  
“ *ces des saints*. (Tertul. advers. Jud. 9 et contr. Marc. lib. 3). Tous les Pères  
“ ont tenu le même langage; et c'est parmi les anciens une tradition cons-  
“ tante, que Saint Jean a représenté Rome conquérante et maîtresse de l'uni-  
“ vers par ses victoires, sous le nom de Babylone pareillement conquérante, et  
“ maîtresse, par ses conquêtes, d'un empire si redoutable. C'est donc aussi la  
“ chute de Rome et de son empire que cet apôtre a marquée: et saint Ire-  
“ née qui a vu les disciples des apôtre, le déclare en ces termes: *Saint Jean,*  
“ *dit il, marque manifestement le demembrement de l'empire qui est aujour-*  
“ *d'hui, lorsqu'il a dit, que dix rois ravageront Babylone*. (Iren. lib. 5.  
“ cap. XXX, n<sup>o</sup>m. 2). Il ne va pas imaginer la ruine d'un autre empire;  
“ celle qu'il attend, celle qu'il a cru prédite dans l'Apocalypse, est celle de  
“ l'empire qui était alors, et sous lequel il vivait (S. Ireneo, obispo de Lyon,  
“ vivia, é interpretó la sentencia de la Apocalypsis contra el imperio Romano,  
“ el año de Jesucristo 181) c'est-à-dire de l'Empire Romain. ” (Bossuet pre-  
“ face sur l'Apocalypse. par. 7<sup>e</sup>.)

(5) EMBRIAGADA CON LA SANGRE. San Juan, en el libro de la revelacion, dice así: “Y ví aquella mujer embriagada de la sangre de los santos, y de la sangre de los mártires de Jesus; y cuando la ví quedé maravillado de

“ grande admiracion.” (Apocalypsis, cap. XVII, v. 6.) A Roma pagana se dirigen estas espresiones, y de ella se habla, segun creen los mejores intérpretes antiguos, entre ellos San Gerónimo. La palabra griega “Mártir,” significa “testigo,” y de aquí el llamarse mártires los que confesaban la fe verdadera muriendo por ella, siendo por tanto *testigos de la verdad*, pues Dios solamente pudo, por efecto de su gracia, sostener á los mártires en los horribles tormentos inventados por los soberanos que persiguieron á la Iglesia de Dios en los tres primeros siglos particularmente. Jesucristo, al dar á sus apóstoles la mision de predicar á todas las naciones, les reveló los padecimientos y persecuciones á que tenian que sujetarse, para que así le sirvieran de testigos en toda la tierra. (S. Mateo, cap. XXIV, v. 9.—S. Lucas, cap. XXI, v. 12 y sig.—Actas de los App., cap. I, v. 8.) Muy en breve se cumplieron los anuncios de Jesucristo, y el potro y el fuego recibieron á los discípulos de Jesus que profesaban la verdadera fé, y pertenecian á la única Iglesia en que puede haber salvacion. La cuna de la Iglesia flotó sobre la sangre de sus hijos; y esta sangre, dice Tertuliano, era tambien la semilla de los cristianos: “sanguis martyrum, semen christianorum.” La primera persecucion de la Iglesia se verificó en Jerusalem por los judios y por Herodes (Agrippa) Muchos cristianos murieron, y el primero fué el santo diácono Estevan (Act. App., cap. VII, v. 57), al que pronto siguió el Apóstol Santiago el mayor, entregado por Herodes al filo de la espada (Id., cap. XII, v. 2). Flaviano Jos<sup>o</sup>, historiador judio, refiere que Santiago el menor y otros cristianos, fueron apedreados por orden de Ananias, sacerdote judio. El mártirio de este santo apóstol, de San Simeon y de algunos otros parientes del Salvador, lo refiere Eusebio (lib. 20, cap. 8) y Josepho (lib. 3, cap. 32). En el año 64, Roma fué presa de un voraz incendio; Neron, que reinaba á la sazón, lo atribuyó á los cristianos, y comenzó contra éstos una horrible persecucion, “presentándose al martirio,” dice Tácito, “una multitud,” *multitudo ingens* (Ann., lib. 15, cap. 44). En esa persecucion murieron en Roma los santos apóstoles Pedro y Pablo. San Clemente, tercer sumo Pontífice, hablando de la muerte de estos Santos, dice: “Aquellos hombres divinos nos fueron seguidos (en el martirio) por una multitud de escogidos, que han sufrido los ultrajes y los tormentos, para darnos ejemplo.” (Epist. 1<sup>a</sup>, n. 6.) Domiciano declaró igualmente cruda guerra al nombre cristiano, y sin número perecieron por su orden, coronando sus sienes con laureles inmarcescibles. El apóstol San Juan fué llevado entonces á Roma, y echado en una caldera llena de aceite hirviendo, de la que saliendo sin lesion alguna, fué relegado á la isla de Pathmos, adonde escribió el sagrado libro de la “Apocalypsis.” En el reinado de Trajano tuvo lugar otra persecucion, y este emperador aprobó la conducta de Plinio, que quitó la vida, en medio de las hogueras y de toda especie de tormentos, á una multitud que se gloriaba en reconocer la divinidad de Jesucristo, enviando á Roma otros muchos cristianos, porque eran ciudadanos romanos. San Ignacio fué mandado por Trajano á Roma, para que el ilustre obispo fuese despedazado por las fieras. Las Catacumbas de Roma manifiestan, por el gran número de mártires allí enter-

rados, que la persecucion de Trajano fué cruelísima, y algunas cifras revelan que los mártires sepultados en un solo túmulo, eran muchos. San Gerónimo enumera la cuarta persecucion en el reinado de Adriano. Hubo muchísimos mártires en Italia, Cerdeña y Oriente; y Celso nos asegura, que por este tiempo los cristianos celebraban sus reuniones en secreto (en las Catacumbas) para evitar así las terribles penas establecidas contra ellos; y que cuando eran sorprendidos, los tormentos mas atroces les daban la muerte. La crónica de los Samaritanos refiere, que Adriano mandó martirizar á muchos cristianos en Egipto. El emperador Antonino fué tambien perseguidor de los cristianos. Eusebio nos refiere cuán amargos dias pasaron los cristianos en el reinado de Marco Aurelio; y en sus dias sufrieron los suplicios mas ingeniosos los hijos de las primeras Iglesias de Francia, particularmente de Lyon y Viena (*Eus., Hist. eccl., lib. 5, cap. 4.º*). En la primera fué á la cabeza de los mártires San Pothino, obispo de aquella ilustre Iglesia. Esmirna perdió á San Polycarpo, su esclarecido prelado, en esta persecucion, que fué continuada en el reinado de Commodo. La octava persecucion affligió á la Iglesia, siendo emperador Severo (*Baronio*, sobre el año 204). No hubo ciudad, segun dice Eusebio, que no brillara con la gloria de algun mártir. San Irineo sucumbió bajo el peso de los tormentos, en Lyon, y lo siguieron mas de nueve mil cristianos, segun una lápida que aun se conserva; y San Gregorio de Tours dice, que habiendo San Irineo convertido á casi toda la ciudad, la sangre de los mártires corria por las calles. Caracalla, hijo de Severo, fué tan tenaz como su padre en perseguir á los cristianos. No fué interrumpida la persecucion en los reinados de Macrino y Heliogábalo (año 217); pero fué aun mas fuerte cuando subió al trono Maximiano. Este monstruo no perdonó sexo, condicion ni edad; y la muerte parecia haber tomado asiento con él en el solio romano, pues dió orden de exterminar á los Pastores de la Iglesia (*Euseb. lib. 6, cap. 48*). La Iglesia, pues, fué puesta á prueba: venció; y la cantidad de sus mártires, dice San Cipriano, arzobispo de Cartago, no tiene número (*S. Cipr., exhor. ad mart.*). Décio ocupó el trono imperial (año 249), y las víctimas de su furor contra el nombre cristiano, son realmente incontables. Ademas de cuantos fueron condenados á muerte por los jueces, muchísimos recibían el martirio de mano de un populacho idólatra, enfurecido contra los hijos de la Iglesia. San Cipriano, San Gregorio, San Dionisio, por no dejar al rebaño sin pastor, se ocultaron, y una gran parte de los cristianos de Egipto, se refugió en la Arabia y en los desiertos. El reinado de Valeriano fué corto, pero la Iglesia padeció mucho en sus dias. Lactancio asegura, que Valeriano se dejó arrastrar del mismo furor que su predecesor Décio, y que fué muchísima la sangre cristiana vertida por su orden. En el año de 258 mandó al senado un rescripto, en que mandaba que los obispos, sacerdotes y diáconos fuesen castigados con la muerte, sin dilacion alguna etc., etc.; y la sangre de los mártires ennobleció á Zaragoza y otras muchas ciudades. Aureliano hubiera sido tan cruel como Valeriano, si la muerte no lo hubiera sorprendido al firmar el primer edicto contra los cristianos. El año de 303 comenzó una de las mas fuertes borrascas que haya sufrido la

nave de la Iglesia, y Diocleciano y Maximiano abrieron la triste época de su mando, dando orden para aplicar el tormento á cuantos profesaran la religion cristiana, sin distinguir sexo ni edad. Pocos dias despues, otro edicto ordenaba fuesen reducidos á prision todos los obispos. Una de las ciudades de Frigia fué quemada con todos sus habitantes, incluso los magistrados y gobernador, por haber rehusado, como cristianos que eran, sacrificar á los mentidos dioses (*Euseb., Hist. eccl., cap. 11*). Tres tiranos feroces, Diocleciano, Maximiano y Galerio, ejercieron toda su crueldad. Un número indefinible de mártires selló su fé con la sangre de sus venas; y no bastando ya los instrumentos de tortura, se daba la pena de sacar los ojos á los que no renunciaban á la fé. Las plazas, las calles y la habitacion pacífica fueron el teatro en que se levantaron cadalsos para cristianos de toda edad, sexo y condicion. Llegaron á envanecerse aquellos monstruos con la idea de haber esterminado el cristianismo: ¡precios! Galerio, despues de la abdicacion de Diocleciano y Maximiano, continuó la llamada "era de los mártires" (año 305), y espidió órdenes á fin de que despues de haber aplicado á los mártires toda especie de tortura, fuesen quemados á fuego lento. Maximino imitó á Galerio, y el Oriente fué de nuevo regado con la sangre de los mártires, por haber sido confirmadas por Maximino las disposiciones de sus predecesores, dadas contra el cristianismo. Los historiadores del cuarto y quinto siglo, que juzgaban por los documentos que tuvieron en las manos y por el recuerdo de cuanto les enseñaron sus mayores, nos dicen que el número de los mártires solo puede conocerlo AQUEL por quien vencieron, y que colocó en sus manos ensangrentadas la palma del triunfo. "Miles de miles de mártires, decia San Agustín al pueblo de Hippona, os rodean por todos lados." "La tierra, dice en "otro lugar, está empapada con la sangre de los mártires;" y este es el idioma de los Santos Padres de aquellos tiempos, y de los escritores eclesiásticos.

(6) En el tratado 36 sobre el Evangelio de S. Juan, dice S. Agustín:

"En los cuatro evangelios, ó mas bien en los cuatro libros de un solo Evangelio, S. Juan el apóstol, segun el sentido espiritual, no sin razon comparado al águila, elevó su predicacion mucho mas alto y de una manera mas sublime que los otros tres evangelistas. Los otros tres evangelistas, andan en la tierra como si solamente estuvieran con el Señor hombre: este empero, como si tuviese á menos andar en la tierra segun lo anunció en el principio de su narracion, se elevó no solo sobre la tierra y sobre las regiones etéreas, sino tambien sobre los ejércitos de los ángeles y sobre todas las gerarquias de las potestades invisibles, y llegó hasta aquel por quien todo fué hecho, diciendo: *En el principio era el Verbo etc.*" S. Agustín no es el que primeramente comparó al evangelista S. Juan al águila; ya el profeta Ezequiel, habia figurado muy claramente á los cuatro evangelistas, en las espresiones siguientes: "Y era la semejanza del rostro de ellos, cara de hombre, y cara de leon,..... y cara de buey,..... y cara de águila." (Ezequiel, cap. I, v. 10.) Y S. Juan en la *Apocalypsis* nos dice: "Y el primer animal semejante á un leon, y el segundo animal semejante á

“ un becerro, y el tercer animal que tenía cara como de hombre, y el cuarto animal semejante a una águila volando.” (Apocal. cap. IV, v. 7). La opinión más recibida es que el evangelista S. Mateo, está figurado en el hombre, porque comienza su evangelio descubriendo el nacimiento de Jesucristo según la carne: “ Libro de la generación de Jesucristo, etc.” S. Marcos está figurado en el león, porque dió principio á su evangelio por la predicación del bautismo con estas palabras: “ Voz del que clama en el desierto.” S. Lucas en el buey ó becerro, en el que se significa el sacerdocio. Este santo dió principio á su evangelio, por la visión que tuvo Zacharias, cuando ejercía en el templo el ministerio. S. Juan está figurado en el águila, porque ninguno de los sagrados historiadores se remontó tan alto, comenzando su evangelio, por enarrar la naturaleza divina del Verbo.

(7) “LA SEDE DEL PRIMADO.” Roma es llamada “Ciudad Eterna,” como capital del mundo católico, cuya fe subsistirá mientras exista el orbe. Merece que le sea dado el título que Jeremías dió á Jerusalén, cuando después de arruinada por Nabucodonosor, preguntaba: “¿Cómo ha quedado solitaria la ciudad tan populosa? LA SEÑORA DE LAS NACIONES ha quedado desamparada cual viuda, (Iherem. cap. I, v. 1.) Desde que Roma fue elevada al altísimo rango de residencia de los soberanos Pontífices, la Iglesia de Roma, fue llamada “MADRE, MAESTRA Y CABEZA DE TODAS LAS IGLESIAS.” Sobre la magnífica portada de la Basílica de S. Juan de Letrán de Roma, se lee esta inscripción: “MATER ET CAPUT OMNIUM ECCLESiarUM.” Muy justo era que así fuese designada la Iglesia que puede llamarse la Catedral de Roma, pues que en ella está la silla del Pontífice Supremo, sucesor de Pedro á quien dijo Jesucristo: “Tu eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré MI Iglesia, y las puertas del infierno, no prevalecerán contra ella” (S. Math. cap. XVI, v. 18.) El gobierno de la sociedad cristiana, la autoridad de su jefe, la perpetuidad de su doctrina, la inmortalidad de su duración, todo se halla comprendido en estas palabras del Salvador del mundo, que revelan una idea grandiosa, y cuya fuerza es tal, que al escucharlas, nos parece asistir á la espléndida ceremonia de la colocación de la piedra primera sobre la cual contemplamos elevarse el edificio de la Iglesia católica. Jesucristo establece SU IGLESIA sobre Pedro, príncipe de los apóstoles, para distinguirla de las sectas, que levantadas por los hombres sobre bases de arena, no pueden llamarse como la Iglesia católica, SU IGLESIA; única por tanto, que profesa y predica la fe de Jesucristo, sin la cual, no podemos agradecer á Dios, dice S. Pablo, y por tanto salvarnos (San Pablo á los Hebreos: cap. XI, v. 6.) Ningún apóstol fué asociado á Pedro en circunstancia y ocasión tan solemne, y toda la Iglesia descansa sobre este fundamento, sobre esta roca indestructible. Los demás discípulos, concurrirán, como simples instrumentos, á la edificación del templo místico de la Iglesia; mas los destinos de la Iglesia no van unidos ni entrelazados á los de ninguno de ellos; su caída no ocasionará la caída de la Iglesia. Los sucesores de Santiago pueden prevaricar en Jerusalén: el Oriente todo puede imitarlos en su defección, sin que por esto la Iglesia sea movida de su cimiento, como el palacio queda en pie, aun cuando

venga á tierra, alguna de sus cornisas. No fué á Andrés ni á Felipe sino á Simon á quien se dirigieron las palabras de Jesucristo: “Tu eres Pedro etc.” y estas otras: “Simon, yo he rogado por tí á fin de que tu fe no perezca; y tú, cuando te conviertas, confirma á tus hermanos,” (San Lucas, cap. XXII, v. 32.) La fe de Pedro no perecerá, por tanto, ni la de sus sucesores; y abrazada estará con la SEDE DEL PRIMADO, la fe única que puede salvar al hombre, la fe católica. Pedro recibe el encargo de confirmar á sus hermanos, y ¿cómo pudiera levantar si él cayera? ¿qué quedaria del edificio si la base faltara? Las palabras del Hijo de Dios, no hay que dudarlas, han anunciado la estabilidad de la fe de Pedro. “Jesucristo que, dice el apóstol, fué ayer y es hoy, y será el mismo en todos los siglos” (Hebr. 13, 8) no construyó una obra deleznable como la del hombre, sino sólida y firme digna del artífice que la formó, el cual es inmutable (Jacob., cap. I, v. 17) Tanto ha de durar el fundamento, cuanto el edificio, y la Iglesia elevada sobre la roca de Pedro, es imperecedera, como Dios es inmortal. (1.ª ad Tim., cap. I, v. 17.) “Yo estaré con vosotros hasta la consumación de los siglos.” (S. Mat. XXVIII, 20), dijo el Salvador, y esta promesa manifiesta la asistencia especial dispensada á la SEDE DEL PRIMADO, asegura Bossuet, y al sucesor del jefe de la Iglesia, al obispo de la Iglesia universal, al Pontífice Supremo y Soberano, al Vicario de Jesucristo. La doctrina de la Iglesia Romana, es la regla invariable de la doctrina que debieran seguir todos los cristianos. Unas cuantas palabras sacaron del caos de la nada al mundo: la luz fué hecha tan luego como lo quiso, el que pronunció la palabra *hágase*; y la misma espresión divina es la que dió *el ser* á la Iglesia, y el PRIMADO á PEDRO. “Apacienta mis corderos: apacienta mis ovejas, le dice Jesús á Pedro, (Joan. XXI, 17.) y desde ese momento el hijo de Juan, Simon, es revestido del poder que hará triunfar su *indefectible fe*, (S. Lucas, cap. XXII, v. 32.) en todas las pruebas, y la presentará victoriosa sobre el imperio del error. La Iglesia abrazará en su seno maternal, á los hombres cualquiera que sea la nación á que pertenezcan, cualquiera que sea su idioma y el clima bajo cuya influencia hayan nacido; y sin variar jamás en su fe verá pasar los siglos, y en el torrente del tiempo contemplará arrastrados los imperios y los pueblos, mientras ella permanecerá serena y tranquila apoyada sobre la peña, que en vano quisieran destruir las corrientes de la mentira y de la novedad, que van á parar al abismo. El principio de la constitución de la Iglesia, se halla en la oración de Jesucristo al Padre: “¡Oh Padre Santo! Guarda en tu nombre á estos que tu me has dado, á fin de que sean una misma cosa, así como nosotros lo somos... que todos sean una misma cosa, y que como tú ¡Oh Padre! estás en mí y yo en tí, así sean ellos una misma cosa en nosotros. Yo les he dado la gloria que tu me diste (se refiere á la Eucaristía) para que sean una misma cosa como lo somos nosotros. Yo estoy en ellos y tú estás en mí, á fin de que sean consumados EN LA UNIDAD,” (S. Juan, cap. XVII, vv. 11 y 23.) Sin un centro, no hay UNIDAD; sin una subordinación progresiva, no hay un centro; si no hay jefe, no habrá tampoco subordinación. Un jefe único y soberano es, por la naturale-

za misma de las cosas, el cimiento de todo edificio social; y es extraño, y propio del estraviado sentido de los hombres, haber puesto en duda tal principio, al ver que Jesucristo parece apresurarse á nombrar el jefe supremo de la sociedad santa de su Iglesia, y á designar el pastor de un rebaño todavía disperso. Elevado Pedro á la sublime dignidad de Pastor SUPREMO y UNIVERSAL, bajo la autoridad de su cayado están los demas pastores, á los que dirige, manda y confirma, segun el precepto de Jesucristo. La supremacia ó PRIMADO DE SAN PEDRO, se cita en muchos lugares del libro de los *Hechos de los Apostoles*. Mas ¿en qué consiste tal SUPREMACIA que eleva á una altura prodigiosa al príncipe de los apóstoles y á sus sucesores? ¿es acaso un privilegio de honor? Muy extraño debiera parecer que el Hijo de Dios, modelo de humildad, y que tanto recomienda esta sublime virtud con sus ejemplos y con sus palabras, (S. Mateo, cap. XI, v. 29), hubiera erigido en SU santa Iglesia una dignidad *sin poder y sin funciones*, con el fin tan solamente de halagar la vanidad y el orgullo de cuantos la poseyeran. No estaria de acuerdo tal conducta con las palabras de aquel que dijo: “El mayor de entre vosotros, pórtese como el menor; y el que tiene la precedencia, como sirviente.” (S. Juan, cap. XXII, 26.) El Primado de San Pedro y de los sumos Pontífices, no es solamente *de honor*, sino *de jurisdiccion*. Tal es la doctrina de la Iglesia, y ¡desgraciado el que diga lo contrario! La Iglesia católica, representada en el Concilio genral de Florencia, (celebrado en el pontificado de Eugenio IV; comenzó á 26 de Febrero de 1439) habla en estos términos: “El Papa es el verdadero Vicario de Jesucristo, el jefe de toda la Iglesia, el padre, el doctor de todos los cristianos, y ha recibido de Jesucristo en la persona de S. Pedro, el PLENO PODER de apacentar, regir, y gobernar la Iglesia Universal, como está ya referido en las actas de los concilios ecuménicos, y en los sagrados cánones:” (*acta. sacr. syn. Flor. Decr. Union. cap. IV.—D. Richard, analyse des Conciles, tom. 2, page 470.*) La autoridad absoluta del Soberano Pontífice, no le fué dada por los Concilios, que la reconocen, sino por Jesucristo. Esta autoridad ha sido siempre plena y completa, en el órden espiritual; y solamente el abuso del poder ha podido poner trabas al que, siendo supremo pastor, puede hablar, instruir, guiar y mandar, con toda libertad á los fieles, sin lo cual su mision en la tierra seria *ilusoria* y aun ridicula. Si alguna vez parece tener limites esta autoridad, es porque ella se los ha impuesto, cediendo DE SU DERECHO. Los Papas han cedido á veces, lo que siempre pudieron exigir; y su bondad, en tales casos, no ha cegado la fuente del poder que les pertenece. Todas las ovejas están sometidas al PRIMER PASTOR, pues que Jesucristo no escepuó alguna, como bien se comprende en estas palabras: “Apacienta mis ovejas.” A Pedro está encomendado el cargo de apacentar y gobernar los corderos y las ovejas, es decir, los hijos y las madres, los pastores y sus rebaños. El mundo forma la diócesis de Pedro: los cristianos son sus diocesanos; y su autoridad se estiende hasta los limites de la tierra, porque hasta ellos llega el reino de Jesucristo, que es su Iglesia. “Dabo tibi possessionem tuam terminos terrae: estenderé tus dominios hasta los extremos de la tierra.” (Salm. II, v. 8.)

La Iglesia, es el cuerpo de Jesucristo, nos dice San Pablo, (Ephes. 2, 23,) y este cuerpo seria monstruoso si no tuviera cabeza; y si todos los obispos fueran iguales en jurisdiccion, como lo son en cuanto á los efectos de la consagracion, la Iglesia hubiera presentado el triste cuadro en que se vieran los efectos de una *anarquía de soberanos*. El Reyno de Jesucristo, es cierto, no es de este mundo [San Juan, cap. XVIII, v. 36]; pero sí, está en este mundo; y ese reino que domina á todos los reinos (Salmo 102, 19), no es el que está dentro de los reinos de la tierra, aunque los reinos y los reyes del mundo, si están dentro de la Iglesia, que es el reino de Jesucristo; y por tanto sus monarcas están en el órden espiritual, sujetos al jefe SUPREMO y SOBERANO que hace las veces de AQUEL de quien es REPRESENTANTE y VICARIO, y al que dió Jesucristo, por decirlo así, las credenciales de su ilimitada autoridad, en estas palabras: “A TI daré las llaves del reino de los cielos: Todo lo que atáres sobre la tierra, será tambien atado en los cielos; y todo lo que desatares sobre la tierra, será tambien desatado en los cielos.” (S. Mateo, cap. XVI, v. 19). ¿Habrá quien asegure, al examinar las terminantes palabras de Jesucristo, que el PRIMADO DE PEDRO y DE SUS SUCESORES es solamente *de honor*? Es preciso haber perdido el sentido comun, como sin duda lo perdieron cuantos han sostenido tal error, para convertir la realidad en ilusion. Es necesario oponerse al unánime sentir de los Santos Padres, que han hablado en todos los siglos, para proferir tal doctrina herética, y por tanto errónea. Tertuliano, Optato de Melesia, S. Cipriano [Epist. 33], S. Agustin (Serm. 296), S. Gregorio de Niza, etc., etc., etc., se expresaron siempre reconociendo con sumo respeto el primado de honor y jurisdiccion dado á Pedro, y en él á sus sucesores, por Jesucristo. En los pasajes de la Escritura Santa, S. Pedro aparece siempre á la cabeza del colegio apostólico. Apenas el Salvador resucitado se ha perdido de vista, llevado sobre las alas de los vientos, y teniendo á las nubes por carroza de triunfo (Salmo 103, v. 3), cuando Pedro gobierna en su nombre con el poder absoluto que habia recibido. El da las órdenes para que Judas sea reemplazado (Act. App. cap. I), y se cumpla así la prediccion de David (Salmo 108, v. 8). El preside la asamblea que convocó para elegir á Mathias; y si no eligió á este apóstol, como tenia derecho para hacerlo, fué, dice S. Juan Crisóstomo, porque quiso dar un ejemplo de aquella condescendencia y caridad que recomienda tanto á todos los Pastores. Pedro fué el primero que predicó el evangelio á los Judios: Pedro fué el primero en responder á los magistrados, porque el juez infalible de la fé debia ser el primero en confesarla. Si la sociedad cristiana fué agitada por disensiones aun en su cuna, Pedro levantó la voz en el Concilio, y habló el primero. Sus sucesores continuaron dando leyes á las Iglesias, que las recibieron con la mas respetuosa sumision. San Clemente (año 80), en su célebre carta á los Corintios, dió leyes á la Iglesia de Corintio, porque sabia este santo Pontífice que todas las Iglesias y todos los fieles que habitan la tierra, deben obedecer á la Iglesia de Roma á causa de su PRIMACIA. “Al dejar la tierra, dice San Leon el Grande, Pedro no ha dejado de mandar y gobernar la Iglesia, y